

Ventatjol, que está a la sombra del Santuario por la parte de Nordeste, se presentan a la vista los pueblos de San Miguel y San Martín de Campmajor, como sembrados en el fondo de una cuenca, circunscrita por frondosas colinas, cuyas cumbres coronan una torre de telégrafo y la ermita de San Paladio, mientras algunas casas de campo salpican sus faldas y laderas. Si por entre los vecindarios de San Miguel y del Torn, en dirección al Sudoeste, se ven desde el collado de Santa María los arrabales de Mieras arrimados al pie de Finestras, que levanta con orgullo sus caprichosos picos sobre todas las crestas del contorno, por la parte del Noroeste está el poblado del Cellent, recogido y abrigado por dos alas de montaña, que se extienden a lo largo de un torrente, el cual arroja sus aguas por las tierras del Torn. Verdad es que algunos cerros peñascosos limitan su horizonte por el Norte y Mediodía, con todo queda abierto por parte de Levante, merced a las sierras de Guixeras y Briolf, cuyas vertientes dejan libres a la vista del peregrino las últimas fronteras del Ampurdán.

Es uno de los santuarios que ha gozado de más fama y celebridad en Cataluña, no sólo por la muchedumbre de devotos que de distintos lugares y tierras han venido a visitarlo en todos tiempos, como por los admirables acontecimientos que en él ha tenido lugar, por los milagros y favores que en nombre suyo se han alcanzado, y por la misión que de muchos años acá viene desempeñando. Parece que la divina Providencia escogió esta soledad para plantar en ella un paraíso vedado, donde la juventud tuviera en sus primeros años un asilo de refugio contra los peligros y seducciones del mundo, y un centro de instrucción que solidara en sus almas la ciencia y la virtud: «Y su desierto convertirá en delicias, y su soledad como huerto del Señor», porque, dejando aparte los saludables provechos que los pueblos de la comarca reportaron de esta Casa durante el tiempo que fué monasterio de monjes, sabido es que en el siglo décimo quinto se cultivaba la música en este Santuario, en el cual residía una comunidad de clérigos de la que formaba parte un maestro de Capilla con algunos intantillos para las funciones de canto y coro; que en el siglo décimo séptimo se hizo una pia fundación para la enseñanza de Catecismo y Religión a los hijos de estas vecindades; y que aun antes de ser Seminario se profesaban las letras en esta Casa, sin nada decir por ahora de la multitud de jóvenes, cuyo corazón se está formando al abrigo de este sagrado recinto, porque, de ello trataré a su tiempo en punto aparte.

Tal es el Santuario conocido en un principio con el nombre de Ntra. Señora del Coll, por razón del collado sobre que está situado; pero que después tomó el nombre de Ntra. Señora del Collell, de un colladizo que a un tiro de bala se halla en dirección al Este, que es el primer punto desde donde se descubre el Santuario, viniendo de Bañolas y San Miguel de Campmajor. Hay en él una grande cruz de piedra con las imágenes de Ntro. Señor Jesucristo por un lado, y de su Santísima Madre por el otro, para que los devotos que llegan de aquella parte hagan